

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

**ELIEZER BORDALLO
 HUIDOBRO**

OBRAS:

Tres Tazas; No hay estrellas en Madrid



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

**ESTHER CHARRO
 RIVERA**

@arteconishtar



Maneras de morir

Resulta inapropiado hablar de la muerte en pleno verano? Seguramente sí, pero tampoco es seguro. No lo sé, pero la verdad, la única y profunda verdad es que absolutamente todos vamos a morirnos un día u otro. Uno a uno, invariablemente nos guste o no. Nuestra sociedad actual, nos enseña por todos los medios a acumular bienes materiales: comodidad, belleza, bienestar, placer y hasta yo diría que juventud eterna. No sabemos cómo lidiar con el sufrimiento, nos hace débiles y exigentes, siempre pensando en los derechos que tenemos para alcanzar la felicidad mundana. Muchos no están preparados para enfrentarse a la adversidad y, por lo tanto, no saben manejar la tristeza, la frustración, la culpa, la vergüenza, el fracaso y otros tantos sinsabores por los que hemos de pasar o ya hemos pasado. Me apropio de la frase de un pensador que dice: «no hay que desear tener una vida fácil sino tener fuerza y ánimo para enfrentarnos a lo que ésta, la vida, nos depare». Hay una tendencia implícita a silenciar y a ocultar todo lo que no huela a triunfo y a felicidad. La mayoría de la gente no quiere oír hablar de la muerte, como si evitar el tema les librara de ella. Utilizan frases ridículas como «se ha dormido para siempre» y, sin embargo, está comprobado que el pensar en nuestro inevitable final nos humaniza.

Imaginen a una profesora que hablara a sus alumnos de la muerte, es seguro que las protestas de los padres llegarían hasta que fuera expedientada y expulsada. O, por poner otro ejemplo, ¿quién visita con frecuencia el cementerio? Como mucho el día de Todos los Santos y luego, si te he visto, no me acuerdo. Sin ir más lejos, lo que antes era recorrer las tumbas de nuestros seres queridos recordándolos y rezando por ellos, ahora se ha convertido en el terrible «Halloween», una mascarada de disfraces que corren y vociferan borrachos por las calles.

Yo, por circunstancias personales, cada semana me encuentro ante personas que están a punto de abrazar la muerte. El tema es que mi marido G y yo hacemos un voluntariado en un hospital de Madrid y acudimos las mañanas de los lunes a la planta de paliativos. No se trata en absoluto de que yo quiera presumir de buena persona o de generosa y nada que me adule, no tiene nada que ver. Lo hago, lo hacemos, porque nos gusta, porque estamos jubilados y porque nos apetece colaborar de alguna manera con las personas que están a punto de morir y con sus acompañantes. Además estos enfermos terminales nos han enseñado muchas cosas, sobre todo a ser humildes y a sentirnos cada vez más agradecidos con la vida que nos queda.

El tema no deja de ser algo delicado en algunas ocasiones. He de aclararles que, por fortuna, la mayoría de las personas que visitamos pasan de los 80 años, incluso rondan los 90, aunque, a veces, desgraciadamente, por circunstancias variadas, nos encontra-

mos con enfermos terminales que están en plenitud de vida.

Quiero que sepan que, únicamente visitamos a los pacientes que han dado su consentimiento para recibir las visitas de los voluntarios y que, antes de dar un paso, la trabajadora social tiene dispuesto el listado pertinente. Quiero que sepan también, que todos los enfermos son tratados de maravilla, con pulcritud absoluta, en habitaciones individuales soleadas y tranquilas, con enfermeros atentos y pendientes de ellos y que el dolor es controlado en la medida de lo posible.

Aun así, eso de, inesperadamente, dar unos golpecitos en la puerta del moribundo, abrirla delicadamente y encontrarte con el terrible panorama puede llegar a paralizarte. ¿Qué digo? ¿Por dónde empiezo? ¿Seremos oportunos o por el contrario un par de patéticos patanes a los que no saben cómo echar de la habitación?

—Déjenme ustedes morir tranquilo que ya bastante tengo con lo que tengo! —ha llegado a decirnos de una manera más correcta algún que otro paciente. O, ni siquiera abrir los ojos porque ya están más allá que acá. Otros, los menos, ni nos miran a la cara. Pero, por el contrario, muchos de ellos nos reciben con una sonrisa tierna y amable. Cogéles de la mano, ayúdales con algo que te piden cuando están solos, (Por favor, ¿me bajan un poco la persiana?). Decirles una frase amable, hablarles de cosas mundanas, de alguna manera les reconforta. Sé por experiencia que, en los malos momentos, cuando alguien te sujeta la mano con delicadeza y suavidad, es como si esa persona, sin apenas conocerla, te transmitiera su paz y compañía. El dolor se desvanece en parte porque ya no te sientes tan solo. Hay una conexión íntima que se transmite por el tacto humano.

Me vienen a la cabeza algunas de nuestras conversaciones.

—¡Vaya nietos guapos que tiene usted! —Casi todos tienen la mesilla repleta de fotos—. Ya se puede sentir orgulloso.

Entonces, se les ilumina la cara, viajan al pasado con una sonrisa y te responden lentamente, mostrando con orgullo a dónde han llegado ellos por su esfuerzo y tesón familiar.

—Ya puede estar usted contento de haber cumplido con su familia y de haber hecho bien los deberes a lo largo de su vida. Eso es lo más importante, porque lo demás bien poco cuenta. Lo único que dejamos aquí es el amor y el cariño de los nuestros.

Nosotros le hacemos preguntas sencillas y escuchamos con tranquilidad cada respuesta. Y él, el moribundo, de alguna manera siente que todos sus sacrificios han merecido la pena.

En la siguiente habitación, una señora muy enferma y con grandes ojos verdes nos escucha. Dice que está sola porque ya no le queda nadie en la vida y porque nunca tuvo marido.

—¿Y no se casó usted con lo guapo que todavía es? Porque, ¡vaya ojos bonitos que tiene! Seguro que tuvo usted un montón de pretendientes.

Ella sonríe, me aprieta su mano débil y su pensamiento torpe vuela hacia el pasado. Con gestos y palabras entrecortadas nos cuenta que su novio se murió y que no se quiso casar con ningún otro, que tuvo un montón de admiradores, pero que ella no cedió.

Somos conscientes de que todas estas frases que decimos en tono risueño resultan patéticas, pero no inoportunas. Se preguntarán que por qué narices nos metemos en la vida de una pobre persona a la que le quedan dos teledíarios para abandonar la tierra. Pero, curiosamente, como antes he dicho, la mayoría de ellos nos lo agradecen. Esto es cierto, porque a lo largo de las pocas semanas que suelen estar en su habitación, nos reconocen y nos reciben cada vez con mayor alegría. Se sienten felices de que nos interesen sus pequeñas historias, historias de su vida y de su familia. Es como si por un momento regresaran a la época que ellos más quisieron y de la que están a punto de despedirse. Es como si pensarán que todos sus esfuerzos han merecido la pena.

Ahora hablemos de los acompañantes, los que no les abandonan: los esposos, los hermanos, los hijos, nietos y amigos que se turnan para que no mueran solos. A ellos también les dedicamos nuestro tiempo. Porque les gusta escuchar que lo están haciendo muy bien y que es muy importante para estos enfermos sentirse queridos y acompañados hasta el final. Cuando escuchan nuestras palabras alentadoras, muchos de estos cuidadores se echan a llorar y nos relatan lo que les quieren y lo buenos que siempre han sido hasta el final. La mayoría de las veces no se tienen en pie porque también son mayores y están cansados y desconsolados. Otros tantos salen de trabajar y, casi sin comer, allí están, a su lado, vigilando cualquier necesidad de su ser querido. Entonces les decimos que es ley de vida que se muera, que comprenda que ha tenido mucha suerte de tenerle durante mucho tiempo a su lado, que deje de torturarse porque lo importante es que, cuando ya se haya ido para siempre, le quede la conciencia tranquila de haberle atendido y cuidado hasta el final.

—No todos lo hacen y usted demuestra ser una buena persona.

Desde luego que eso que repetimos de una u otra manera según cada caso necesitan escucharlo, porque están abatidos y agotados y porque nadie o casi nadie se lo dice. La gente, muchas veces, es bastante insensible y da por hecho que el acompañante no existe y que, quién importa, es el que se está muriendo. Entonces, cuando oyen de nuestros labios estas sencillas palabras de consuelo, salen de la habitación y nos arrastran hacia afuera y nos cuentan su vida entre sollozos y nos dan las gracias por escucharles y aconsejarles y, sobre todo, por darles mé-



Se preguntarán que por qué narices nos metemos en la vida de una **pobre persona** a la que le quedan dos telediaris para abandonar la tierra

rito. Mérito que se merecen con creces. A veces les decimos que se vayan a tomar algo a la cafetería y que nosotros nos quedamos con el enfermo, pero casi nunca quieren. Creo que piensan que si en ese momento muriera su ser querido, no se lo perdonarían.

Nuestro recorrido no es siempre un camino de rosas, porque, como he dicho al principio, algunos moribundos no admiten su deterioro, su dependencia y huyen cobardemente de la muerte. Saben que está inexorablemente esperándoles detrás de todo este proceso, pero no quieren aceptarla. Esas personas están enfadadas con la vida y con su destino. No soportan a nadie y se quejan de todo. Suelen ser exigentes y desagradables y poco o nada puede servirles de consuelo. Sin ir más lejos, el otro día vimos de nuevo a un señor amabilísimo que está siempre al lado de su esposa moribunda. La señora en cuestión está muy enferma, pero mantiene una mirada fría y desconfiada, a pesar de los pesares. Le dije más o menos que ya podía estar contenta de tener

siempre a su lado a un marido tan atento.
—Es su obligación, que para eso se ha casado.
—Sí, claro, pero da gusto verle aquí siempre tan dispuesto, ¿verdad que sí?

—Es lo que tiene que hacer y ya lo sabe. Miré al marido que callado seguía a su vera. Su mirada era dócil y resignada comparada con la de ella.

—¿Qué suerte tienen algunas! —le comenté discretamente a G mientras nos marchábamos con el rabo entre las piernas.

Otra vez, uno que siempre estaba solo y que tenía muy malas pulgas, nada más vernos nos dijo:

—Y, ¿cuánto les pagan a ustedes por visitarme?

—Nada. Lo hacemos porque queremos.

—¡Habrase visto lo idiotas que son ustedes! Conmigo podían dar, pero yo no me lo creo y algo sacarán, eso seguro, porque si no, no lo entiendo.

Por si les sirve de algo, la conclusión a la que G y yo hemos llegado es la siguiente: Quien tiene mala idea, es retorcido y egoísta, se suele morir amargado y yo creo que aterrorizado de pensar en lo que habrá después de esta vida de la que se marcha a re-

gañadientes y a trompicones. En este saco están incluidos los soberbios y prepotentes que se encuentran a merced de otros y eso les cripa porque tienen que depender y aguantarse. Mientras que, el que ha sido buena persona acepta lo que hay, recuerda los buenos momentos y se despidе de esta vida pensando que ha hecho feliz a muchos de los suyos. Me refiero a aquellos que pasan de puntillas, sin molestar y aceptando lo que la vida les ha deparado, los que han luchado humildemente por sacar a los suyos adelante sin crearse mala sangre ante los problemas. Los que han hecho la vida agradable a los demás, que son la mayoría de las buenas personas de las que está poblada nuestra querida tierra. Estas personas han afrontado la muerte cara a cara.

Cuando uno sabe lo que le espera y lo admite sin tapujos, suele hacer las cosas bien en la tierra. Esto es: deja sus pertenencias repartidas, las cosas habladas, ha pedido perdón cuando lo tiene que hacer, se ha despedido de los suyos, ha hecho testamento, le ha dado algo a alguien que deseaba tenerlo, ha dado las gracias a quien se lo merece y su conciencia está más tranquila. En el momento final, da la mano a la muerte y parte con ella hacia donde sea.

Cuando uno huye de la muerte y no quiere ni nombrarla es como una rueda que cae precipitadamente hacia el vacío mientras va dando tumbos hasta que se estrella contra ella, ésa a la que no ha querido nunca nombrar porque a él nunca le iba a tocar. Esa persona no se ha despedido de nadie, ni pedido perdón, ni dado las gracias, ni repartido nada. Esa persona solo se ha preocupado de ella misma y es una cobarde.

Unos pensamos que tras la muerte habrá un Juicio Final, otros que la nada, los hay que creen en la reencarnación y otros piensan que una energía superior les absorberá. Allí cada cual con sus ideas que nosotros respetamos y que no entramos a valorar.

Termino con el epitafio que G y yo leímos ya hace tiempo en un cementerio de Méjico y que nos hizo mucha gracia, aunque también nos dio que pensar:

Aquí yace Fulanito de tal
«Y tú qué te creías el rey de todo el mundo»

Y, de nuevo, doy las gracias a todos los enfermos terminales que cada semana nos enseñan a pensar en la muerte, que nos ayudan a valorar la vida que aún tenemos y que nos hacen más humildes y sonrientes.



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR

**MARÍA ROSARIO
 GARCÍA ALDEA**

OBRAS:
 El último intento de amar



ea3 ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR

**ESTHER CHARRO
 RIVERA**

@arteconishtar



Rodolfo

*Soy rey de mi voluntad;
 no me ocupan negocios,
 y ser muy rico de ocios
 es suma felicidad»
 Lope de Vega*

Estoy esperando, ya sentada delante del escenario del Mercado Chico, que empiece el concierto del Nuevo Mester de Juglaría; llevo desde el jueves subiendo al Chico a coger sitio a las diez de la noche pues comienza a y media; hoy domingo acaba el festival de música folk. Una hora de concierto todos los días que he subido.

Me da tiempo a reflexionar, qué mejor que caminar –¡caminar! mi viacrucis particular– por la calle adelante de Méndez Vigo para darme la vuelta al llegar al Campo Habanero. Es más agradable subir al Mercado Grande, por lo menos se ve gente; la distancia es más o menos similar. Me propongo subir a diario a eso de las diez de la noche.

El concierto no defrauda: es el plato estrella del festival de folk, hoy había más espectadores. Me dirijo al Grande, entre mis múltiples sentadas, una cada cuatrocientos metros, me siento en los bancos de esta plaza, enfrente tengo la iglesia de San Pedro. Me enciendo uno de mis cigarrillos y me digo que cuando la heladería que tengo a mi espalda cierre me voy a casa, son diez minutos a la bajada de Don Alonso.

Ya hace siete meses que llegué a la ciudad de Ávila y todavía no conozco gente suficiente para que me acompañe a tomar un café a diario o a un concierto. No me importa ir sola. Pienso si a los abulenses les cansará verme sola por su ciudad.

Llegó el lunes y subí, según mis planes, al Grande, eligiendo la cafetería más económica, total para pedir un vaso de leche y un sobre de descafeinado al que no le pongo azúcar; pero pido una jarra con hielo para enfriarlo y lo mejor: los camareros no sirven las mesas, con lo que puedo intentar fumar en la terraza sin que me llamen la atención, pues según bando municipal no se pueden encender cigarrillos; tiene las desventajas de tener las sillas de lo más incómodas de la plaza y que cierra a las once y media, el más temprano en el cierre. Siempre queda la opción posterior de sentarte en los bancos de la plaza.

- ¡No está permitido fumar en la terraza! –chillando, así conocí a Rodolfo.

- No hago daño a nadie, he elegido la mesa más exterior, es imposible que le vaya el humo hasta donde está usted –alegué yo.

Levantándose de su asiento y agarrando su jarra de cerveza me espetó:

- ¿Esperas a alguien?
 - No, estoy sola con mi cigarrillo –le dije yo, esperando caridad.

Nos separaban dos filas de mesas, las cuales atravesó y se sentó en la mía, frente a mí.

- ¿Acepta compañía? Soy buen conversador, me llamo Rodolfo y ahora sí que me viene el humo, apaga ya el cigarro. Odio a la gente que fuma, tengo mis motivos.

- Yo también odio a la gente que tiene mascotas –le dije yo apagando mi cigarrillo y guardándolo para después.

A lo que él empezó a reír y me preguntó el motivo.

- Creo que la gente ama a los animales y no busca, ni siente, la carencia del amor en las personas. Y, ¿cuáles son los motivos por lo que odia tanto el tabaco? ¿Acaso fue fumador?

- Yo no he fumado desde la adolescencia, bendito pecado que se fue como vino; con la curiosidad. Mi padre y mi hermano están muertos por cáncer de pulmón. Si no puedo influirte para que dejes el tabaco, hoy me propongo retrasarte el cáncer unas horas. En cuanto a lo de las mascotas, yo sé más que tú, soy veterinario, es muy reduccionista tu alegato. ¿Qué profesión tienes?

- Ahora soy pensionista, era funcionaria.

- A mí me dieron por inútil para cualquier tipo de trabajo, también soy pensionista.

No me atreví a indagar más en esa respuesta, pero presté atención a su aspecto físico: iba vestido con pantalón largo azul marino, tipo vaquero, y la camisa tenía tonos azules en el jaspado de la tela. Era bonita. Su rostro era moletudo con barba corta y bien arreglada. Ojos marrones. Conservaba todo el pelo, su tórax era ancho y era gordito, con las piernas bien musculadas. Tenía los labios finos, difíciles de pintar si hubiera sido mujer. Deduje que tendría gran personalidad por el tamaño de su nariz. Como me quedé observándolo en silencio, vio la conveniencia de hablar de nuevo.

- ¿Es casualidad o siempre estás tan sola? ¿Cómo te llamas?

Me dije a mi misma que realmente lo que caracterizaba a Rodolfo era su impertinencia. Tardé en responderle, absorta en esta reflexión, pero me sinceré con él:

- Puedes llamarme Cloti. Estudié de jovencita en el Isabel de Castilla, dos cursos; aparte de familia lejana y conocidos, no tengo amigos en la ciudad. Compré una casa, que me echó Papa Noel, y paso el tiempo de calor en Ávila y el invierno en Madrid. Por eso no desdeño la compañía.

- Te faltan amigos en la ciudad y mi política es que a mí no me sobran.





Yo soy de generaciones de abulenses de la capital. Esto es un pueblo grande, conoces de vista a todo el mundo. A veces me gusta estar solo. Pero esta noche tengo una misión, no quiero que te entre el mono recordándotelo: en mi presencia no se fuma –sentenció echando una carcajada.

- Aunque yo personalmente no puedo, mi EPOC se lo agradece, he fumado todo el día, puedo pasar el resto de la noche sin mono –sonreí yo.

- ¿Estás diagnosticada de EPOC? ¿Y...?

- No, no. Soy lo suficientemente inteligente para no ir al neumólogo a que me diagnostiquen, me hago periódicamente radiografías de pulmón y por ahora no se ve nada. Pero cada caminatilla tiene su parada para coger aliento.

- ¿Dónde vives?

- En medio de la cuesta de la bajada de Don Alonso. Las cuestras de Ávila me recuerdan que tengo que bajar el número de cigarrillos.

- Bien por Ávila. Ya nos hemos tomado la consumición. Le invito a cenar en el Chico. ¿Qué me dice? Por supuesto haremos paraditas para su aliento.

- Voy hasta el Chico contigo, pero te agradezco la invitación como si cenara, tomaré algo mientras tú cenas. Como verás estoy gorda y hago una merienda cena a las ocho y no tomo sólido hasta el desayuno. ¿Hace? –dije yo sin ganas de quedarme sola.

Comenzamos a caminar en dirección al Chico, hablamos de lo bonita que es Ávila y del buen clima en el verano. Yo me hice la valiente caminando, pero cuando llegamos a la última calle que lleva al Chico, paré y me senté en el grupo de sillas que hay en la puerta de la iglesia de las Nieves para descansar, advirtiéndole que esta era la tercera estación penitente que yo tenía para llegar a la plaza.

Elegió sitio para cenar, una terraza en el frente del ayuntamiento.

- Pídemme una tónica, tengo que entrar al baño –le dije.

Cenó él y nos estuvimos contando dónde estudiamos, yo en Salamanca y él en León. Nos reímos recordando anécdotas de cuando teníamos veinte años, su intento de entrar en la tuna universitaria. Todo muy agradable y distendido.

Insistió en acompañarme a casa, aunque él vive cerca del Grande. Yo me resistía en aras de la igualdad de género, pero él me espetó: «soy un caballero y te acompaño a casa».

A las dos menos cuarto me estaba dando una ducha fresquita para acostarme. Feliz por el encuentro y con la promesa de encontrarnos al día siguiente en la misma cafetería.

La tarde siguiente allí estaba Rodolfo con una jarra de cerveza en la terraza, yo había parado en San Pedro para fumar el último cigarrillo de la tarde.

Mujer de poca fe, que ayer me pidió el teléfono, ¡Ves cómo nos hemos encontrado!

- Soy una mujer de fe, me educaron las monjas.

Así estuvimos toda la tarde haciéndonos confidencias y por supuesto me acompañó a casa. Cuando estaba sacando las llaves para entrar me dijo:

- Tienes que hacer una novena a la Virgen de Sonsoles, para pedirle dejar de fumar. ¡No pongas esa cara! De tu casa al santuario habrá una hora de camino, vamos a ir nueve días a que le reces un avemaría a la Doña.

- No voy a ser capaz de andar una hora seguida, tendremos que parar muchas veces en el camino.

- Hecho entonces, mañana a las seis y cuarto de la mañana te vengo a buscar, al alba, para que nos dé tiempo a regresar. Hasta mañana.

Se fue, dejándome con la palabra en la boca.

Los dos primeros días fueron de paradas muy frecuentes; al llegar al santuario me hacía rezar en alto un avemaría y yo le añadía la jaculatoria de: «Virgencita, córtame la cabeza, pero que deje de fumar» y luego nos volvíamos a casa.

Por la tarde, en el tercer día, tuve un ataque de tos, perdí el conocimiento y, cuando lo recuperé, estaba en el suelo con un chichón. Me asusté y pensé que la Virgen me cortaba la cabeza. Deje de fumar en ese instante.

Terminábamos la caminata de vuelta el noveno día y Rodolfo me preguntó si había funcionado la novena, le dije que sí, que llevaba ya una semana sin fumar.

- Tú tienes mucha fe en la Virgen de Sonsoles, ¿no?, Rodolfo.

- De las iglesias y la fe católica solo me interesa la arquitectura de las edificaciones –dijo él.

- Pero, yo creía...

- Tú eres la que te criaste con monjitas, algo de fe le has puesto. Lo peor que podía pasar es que no consiguieras hacer los nueve paseos y caminar es incompatible, o por lo menos hace más pulmón, restando la acción de fumar.

Me dejó con la boca abierta y, al llegar a mi casa, me despedí de él con dos besos y le dije: «hasta mañana». Él sonrió.

Pero los días pasaban y en el Grande no aparecía Rodolfo. Ni podía preguntar a nadie por él, el bar en el que quedábamos no tenía servicio de mesas.

Me enamoré...

- Me enamoré de la ciudad y caminaba todas las tardes por mi Ávila...

- Tía Cloti, todas las navidades nos cuentas el mismo cuento. Te dejamos porque eres mayor, pero es pesado, tía.

- Queridos sobrinos, es el único cuento que no me he inventado y que lo he vivido sin tener a alguien que lo atestigüe. Si el año que viene os lo vuelvo a contar, cortadme y no me dejéis llegar hasta el final. Pero, la verdad, queridos, es que estoy encantada de contaros cómo dejé de fumar. ¡FELIZ NAVIDAD!